



Don Javier Urcelay
Museo Carlista de Madrid



CarlosdeBorbon.com

Estimado Javier,

Lamento que las circunstancias me impidan acompañaros al homenaje que, con motivo del cincuentenario de su muerte, tributáis a Manuel Fal Conde. Sin embargo, no quiero dejar pasar la ocasión de hacerme presente mediante estas líneas con una reflexión sobre la que ha sido una de las figuras más importantes del carlismo contemporáneo.

En nuestra Casa el nombre de Manuel Fal Conde ha evocado siempre respeto y veneración. La relación entre don Manuel Fal Conde y mi abuelo Don Javier fue una relación de amistad íntima, diría que familiar, hasta el final de sus días.

Una intimidad que no se quebró desde que mi tío abuelo Don Alfonso Carlos pusiese a ambos en contacto con el alto encargo de dirigir al carlismo. Indicando por escrito a Fal Conde, en documentación que conservo, su deseo de que mi abuelo fuese su “sucesor legítimo, y después de él sus hijos”, y a mi abuelo Don Javier, en reiteradas ocasiones, que se apoyase en Fal Conde como hombre de confianza y que le mantuviese en el servicio que antes le había prestado a él, pues “no podría nombrar a otro mejor”.

Es conocido que Manuel Fal Conde cumplió con absoluta lealtad el encargo de Don Alfonso Carlos. No sólo ayudó a mi querido abuelo en la dirección del carlismo durante el período de la Regencia, en la guerra y en la paz, sino que fue el principal artífice e impulsor para que, finalmente, el deseo de mi tío bisabuelo se cumpliera, marcando el camino que culminó con la proclamación de Don Javier en Barcelona en el año 1952.

Esta afinidad íntima, familiar como digo, entre ambas figuras no fue fruto de una casualidad —que Don Alfonso Carlos así lo dispusiese—, sino que confluyeron algunos elementos más. Deseo destacar entre ellos la profunda **espiritualidad** que los dos compartían. A menudo, a la hora de estudiar a mi abuelo Don Javier y a don Manuel Fal Conde en tanto que personajes políticos, ésta se pasa por alto. Pero si



intensa fue la vida política de ambos, no lo fue menos la vida espiritual y la acción apostólica y misionera, juntos, en colaboración con el Vaticano, y por separado de cada uno de ellos.

Ojalá nosotros tuviésemos sólo una parte de la profundidad en la vida de fe que ambos tuvieron. Creo que es importante mencionarlo, pues por meros medios humanos, y sin la fortaleza que procura el saber que toda la propia acción está fundada en la fe en Cristo, no sería fácil explicar la entereza con que aceptaron los distintos reveses que a lo largo de su vida política se les fueron planteando. Por ejemplo mi abuelo, internado en campos de concentración por los nazis, donde casi pierde la vida, o expulsado de nuestro país en varias ocasiones. O Manuel Fal Conde, perseguido, encarcelado y sus bienes confiscados en tiempos de la República, desterrado de España por el gobierno del general Franco cuando quiso crear la academia de oficiales carlistas —que llevaba el nombre de San Javier precisamente en honor de mi querido abuelo—, o confinado en su domicilio y con vigilancia policial hasta el mismo momento en el que cesó como Jefe Delegado.

Durante toda su vida, Manuel Fal Conde se negó a aceptar cargos y prebendas, que podrían haberle hecho la vida más cómoda. Nunca buscó en su trayectoria política el medro personal ni el propio interés, sino que antepuso a todo el ideal del carlismo, sin mezclas, sin concesiones de ningún tipo. Esa **integridad** suya, que es el segundo rasgo que quiero destacar, si bien le acarreó sinsabores personales, le colocó a ojos de todos, y con él al carlismo, como un referente y un ejemplo reconocido hasta por sus rivales y enemigos de todo el espectro político. Muchos de ellos, quizás avergonzados por sus propias miserias, no dudaron en rendirle homenaje en la hora de su muerte.

Manuel Fal Conde podría haber elegido ser más *flexible*, pero no dudó en dirigirse a Franco con dureza, arriesgándose personalmente, cuando así lo estimó conveniente. Para decirle, por ejemplo respecto a su propio gobierno, que “todo sistema político ha de girar en torno a una interpretación de la libertad humana, conjugándola con la autoridad (...) que sólo es posible dentro de la monarquía Tradicional, que es católica, templada, orgánica y verdaderamente popular”; o que se “suplanta el ambiente de libre exposición de las ideas, que es natural a todo régimen de constitución cristiana, por una artificiosa propaganda”. Y así se mantuvo en el tiempo, convirtiéndose en un elemento incómodo, lo que le llevó hasta ver cómo le eran negados reconocimientos que le correspondían, como la medalla de oro del





Colegio de Abogados de Sevilla, que sin embargo sí era concedida a otros coetáneos suyos.

A pesar de todo se mantuvo firme. En 1951, preparando ya la sucesión de Don Alfonso Carlos en la persona de mi abuelo Don Javier, volvería a repetir que no habían “cesado, ni siquiera han sufrido la más mínima atenuación, nuestros motivos de oposición al régimen, nuestras fundamentales discrepancias, nuestra integridad de principios y aspiraciones”. Manuel Fal Conde, y así lo repitió en numerosas ocasiones, era consciente de que las personas pasan pero los principios permanecen. Quizás gracias a esa integridad, a esa firmeza suya, todavía aún hay carlismo en nuestros días.

La tercera de las virtudes que quiero mencionar de don Manuel Fal Conde es su **lealtad**. Mientras otros abandonaron a mi querido abuelo Don Javier, bien para conseguir puestos de dirección, viendo más próximo el éxito de la opción dinástica de don Juan (a pesar de que Don Alfonso Carlos había dejado clara su exclusión), o bien simplemente porque las cosas no sucedían exactamente como ellos querían, Fal Conde se mantuvo fiel, con esa lealtad de los verdaderos monárquicos y carlistas, sin fisuras de ningún tipo. Incluso cuando, por un cambio de estrategia política respecto al régimen (que el tiempo demostró estéril), fue cesado tras veintiún años como jefe delegado, y con la frustración y el dolor que debió suponerle, don Manuel Fal Conde mantuvo su lealtad inquebrantable a mi abuelo, pidiendo a todos que hiciesen lo propio conservando la suya. Y así se mantuvo hasta el final de sus días, porque él sabía que esa lealtad, esa vinculación con la persona del Rey, a la postre, era la argamasa que daba cohesión al carlismo, donde caben diferencias de opiniones y de criterios legítimos. Muchos matices, que en la unión con el Rey se superan y sobrellevan. No es en vano pues que mi abuelo Don Javier, en el ejercicio de su soberanía, le concediese el título de Duque de Quintillo, con Grandeza de España (uno de los pocos títulos que concedió) y le otorgase la Gran Cruz de la Legitimidad Proscrita.

Consecuente con esta visión, Fal Conde trabajó con denuedo por la unión y la cohesión del carlismo. A cuantos se acercaron a lo largo de su vida a pedirle consejo, o con quejas por una u otra cuestión interna, don Manuel siempre respondía con prudencia y sabiduría, instando a la moderación, pues sabía que el bien de la Causa estaba por encima de las cuestiones puntuales o personales.

Porque, y este es el último de los rasgos que quiero destacar de su personalidad, si algo tuvo siempre don Manuel Fal Conde fue una absoluta **clarividencia**. Además de su capacidad organizativa, que demostró uniendo los





restos dispersos de un carlismo herido de muerte por las divisiones tras el periodo de mi antecesor Don Jaime, y atrayendo a la causa carlista a muchos nuevos, Fal Conde estaba dotado de una capacidad para analizar la realidad y adelantarse a los acontecimientos con la que muy pocas personas cuentan. En la II República, a la que el carlismo al principio no se opuso, y mientras muchos se volcaban en la lucha parlamentaria, Manuel Fal Conde, conociendo los contextos español e internacional, supo ver la inviabilidad de la lucha parlamentaria. Supo ver que el carácter anticristiano del régimen republicano sería un obstáculo insalvable para la existencia de los católicos y la libertad de la Iglesia, que la persecución cruenta se haría insoportable y que sólo cabía la vía de las armas para la supervivencia de la Religión. De igual modo que, como ya he mencionado, supo anticiparse, viendo que el general Franco no iba a llamar a la Dinastía Carlista a ocupar el trono de las Españas.

Ojalá el carlismo contase hoy con un líder con la clarividencia que demostró Fal Conde. Estamos en un cambio de época radical. Asistimos quizás al momento de transformación más importante que haya sufrido la humanidad. Esta era de la Inteligencia Artificial va a transformar —está transformando— nuestra realidad completamente. En un mundo en el que la acción de los gobiernos nacionales o locales tiene cada vez menos peso (frente a la de unos pocos fondos de inversión a nivel global, con rostros difusos, que deciden desde la orientación de las guerras o el destino de la energía y todos los recursos disponibles, hasta cuestiones menores que nos afectan en lo cotidiano), la irrupción de la IA supone retos y amenazas nunca antes conocidos por el hombre.

Considero muy importante que nos demos cuenta de que las consecuencias no sólo van a ser sociales o políticas, sino que suponen también un impacto en lo más profundo, en lo espiritual. Donde hasta ahora podíamos identificar la lucha por las libertades en lo práctico, hoy lo que está en juego es la propia libertad del hombre en cuanto a ser humano en abstracto y también en cuanto a seres humanos concretos. El Papa León XIV ya ha alertado sobre estas cuestiones, apuntando a la centralidad del problema de la dignidad humana en el momento tecnológico presente.

El carlismo tiene todo un bagaje doctrinal, perfectamente coherente con los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, desde el que aportar mucho al momento actual. Construyendo desde abajo, desde lo más próximo, puede servir de faro a muchas personas que se verán desorientadas con los cambios y transformaciones



fundamentales que están por llegar. Por ejemplo, el mismo concepto del trabajo, tan ligado a la dignidad del hombre, que va a cambiar por completo.

Pienso que, para ello, algunas de estas cuestiones comentadas sobre Manuel Fal Conde pueden servirnos de ejemplo. La fundamentación sólida en nuestra fe, que es permanente. La integridad de nuestros principios, sin dejarnos arrastrar por las tendencias momentáneas y los populismos de todo signo de cada momento, la clarividencia, esa capacidad de analizar en profundidad la realidad que nos rodea, para dar respuestas y propuestas apropiadas a las necesidades presentes. Y también la cohesión de los carlistas, que hemos de trabajar entre todos.

Con mi lealtad y la de mi Familia al pueblo carlista en esta labor ya contáis, como he repetido en muchas ocasiones.

Me despido dándote la enhorabuena por esta iniciativa y deseando todos los éxitos a la misma.

Carlos María

*De Laarhoeve
15 agosto 2025
Anunciación de la Santísima Virgen*



CarlosdeBorbon.com